

Con León Tolstoi

POR OLGA METCHNIKOFF

EN este viaje a Rusia conocimos a nuestro gran escritor León Tolstoi. Pasamos con él todo un día en su propiedad «Iasnaia Paliana» y ese día nos dejó una impresión para toda la vida.

Fué en la madrugada cuando descendimos en la primera estación ferroviaria a donde habían venido a buscarnos en coche. Había llovido en la noche y esa mañana todo estaba brillante de rocío. Estábamos excitados por la vista de la campiña rusa, de las frescas praderas, del bosque, de los campos, por todo este sencillo paisaje que tanto tiempo hacía que no veíamos y también estábamos emocionados por el próximo encuentro con Tolstoi.

A lo lejos la aldea, y, apartada, la entrada abierta del viejo parque de Iasnaia Paliana. Penetramos en una larga avenida sombreada que conducía a la casa de Tolstoi. La primavera estaba en plena eclosión; todo era flores y perfumes.

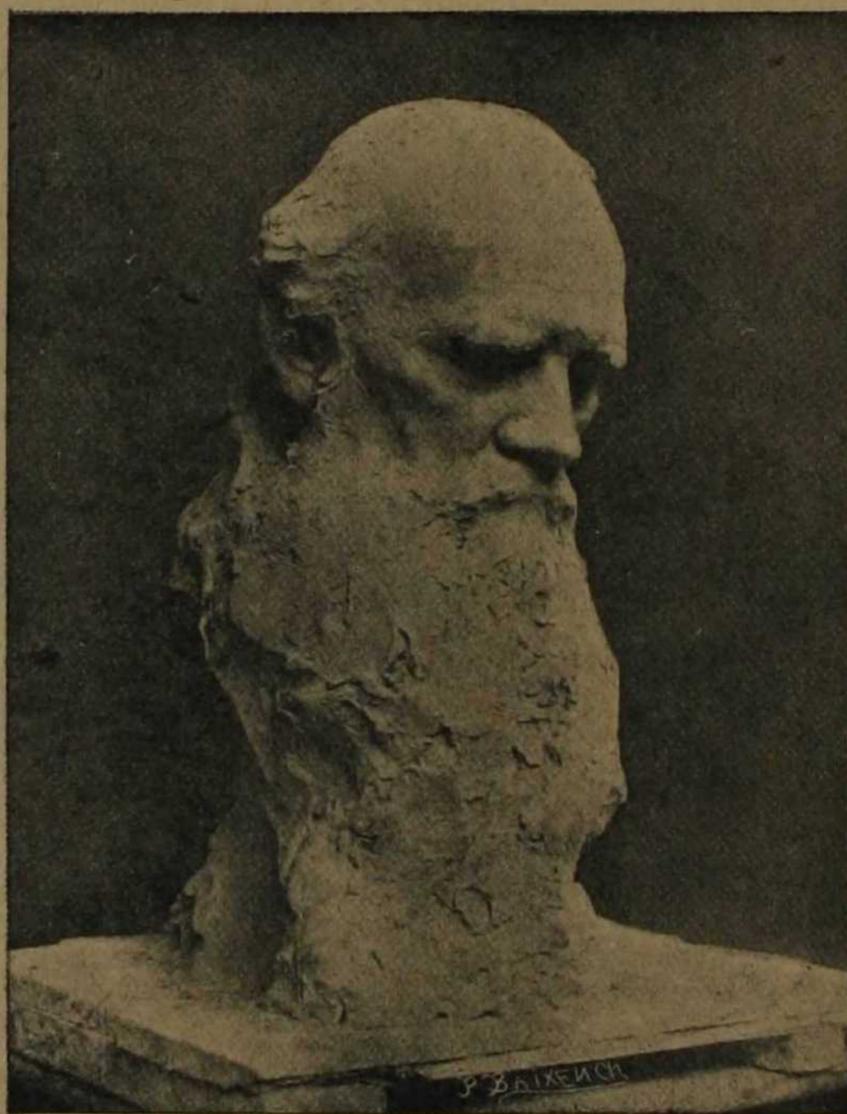
La casa y el viejo parque tenían el encanto poético de los antiguos «nidos de nobleza» rusos.

En la escalinata nos recibió la hija de Tolstoi; su benévola simplicidad nos infundió confianza enseguida. Apenas llegados al vestíbulo, vimos al mismo León Tolstoi bajando la escalera con paso alerta. Lo reconocimos enseguida, aunque nos pareció diferente de todos sus retratos. Su mirada impresionaba desde luego; mirada profunda, penetrante y al mismo tiempo clara como la de un niño. No tenía nada de esa severidad y dureza a que se está acostumbrado a ver en sus retratos; sus rasgos eran mucho más finos e idealizados. Nos vió a los ojos como si quisiera ver el fondo de nuestras almas. Pero, inmediatamente entramos en confianza por la expresión de gran bondad y benevolencia marcada en su rostro. Tenía aspecto fuerte y dispuesto y no parecía estar viejo, de tal manera se le sentía lleno de vida interior. Después de la bienvenida, sus primeras palabras fueron. «Os parecéis; eso pasa cuando se ha vivido juntos mucho y bien». Nos interrogó luego sobre nuestro viaje y sobre la impresión que habíamos recibido de

la Rusia después de tan larga ausencia; luego dijo que iba a concluir su tarea matinal.

Su hija y su hijo nos condujeron de paseo al parque y a la aldea; el cambio de palabras amistosas con los campesinos indicaba las buenas relaciones entre los habitantes de la aldea y los del castillo.

Desde que volvimos, León Tolstoi reapareció diciéndonos que se daba



LEON TOLSTOI

Según el busto de ARONSON.

vacaciones por ese día. Preguntó a Metchnikoff sobre sus investigaciones, sobre el estado actual de la higiene, sobre las aplicaciones de los descubrimientos científicos. Escuchaba atentamente, visiblemente interesado. Al fin de la conversación afirmó que erróneamente se le consideraba como hostil a la ciencia; que él no acusaba sino a la pseudo-ciencia que no tiene nada que ver con el bienestar humano. «En suma, concluyó, Ud. y yo vamos por caminos diferentes hacia el mismo objeto».

Todas sus conversaciones estaban impregnadas de un amor profundo por la humanidad y de un ardiente deseo de servirla. Se habló de litera-

tura y de arte; Tolstoi decía que estaba ahora tan lejos de aquélla, que había hasta olvidado algunas de sus propias obras y que las apreciaba mucho menos que sus escritos sobre las cuestiones de orden espiritual. Le parecía que a veces la belleza de la forma actuaba a expensas del alcance moral del tema. A la objeción de que las artes elevan el espíritu, embellecen la vida, respondía que el arte tiene valor en tanto que sirva de lazo entre los hombres y los vuelva más puros; pero que su importancia moral sobrepasa en mucho su valor estético.

Contó que había concebido una nueva obra sobre el movimiento social en Rusia, y a este propósito se habló de las represalias políticas. La conversación sobre las deportaciones, las prisiones, las ejecuciones lo hacía visiblemente sufrir. Su mirada, que se había tornado triste y dolorosa, mostraba su alma vibrante.

Sobre la cuestión agraria, se pronunciaba por la nacionalización de las tierras y se mostraba muy entusiasta por Enrique George. Creía que la supresión de la comuna en Rusia había sido una gran equivocación. Metchnikoff le replicaba que observaciones personales en «Pequeña Rusia» hablaban, al contrario, en favor de la propiedad individual que daba mejores resultados de cultivo.

Tolstoi manifestaba una perfecta tolerancia y las conversaciones se desarrollaban apaciblemente sobre temas varios. En todo lo que decía se entreveía, sin cesar, la belleza y elevación de su alma.

Después de almorzar deseó tener una conversación seria con Metchnikoff, y lo llevó en coche; que conducía él mismo. De camino, volvió a la cuestión de la ciencia. Encontraba

que la humanidad estaba de tal manera abrumada de miserias y había tantas cuestiones urgentes por resolver, que había, ante todo, que trabajar en este sentido y que no se tenía el derecho de ocuparse en especulaciones abstractas sin relación con la vida. «La noción del peso o de la dimensión del planeta Marte, qué beneficio puede traer al hombre?», decía.

Metchnikoff le replicó que la teoría está más próxima a la vida de lo que pareciera y que muchos beneficios adquiridos por la humanidad se deben a observaciones científicas de orden abstracto. Así, el descubrimiento de las grandes leyes inmutables de la naturaleza da al hombre la conciencia